

Los apuros de la nueva Alemania

## La libertad y sus disidentes

*Fritz Stern*

***E**l proceso de reunificación alemana ha encontrado innumerables dificultades derivadas de los diferentes niveles de desarrollo, de la desconfianza mutua, los costos sociales y los tropiezos económicos. A todo eso se suma, además, el auge de los impulsos xenófobos de inspiración neonazi, delineando un panorama poco halagüeño, por lo menos de cara al corto plazo<sup>1</sup>.*



### *Los apuros de la nueva Alemania*

EN 1983 RICHARD VON WEIZSACKER, presidente de la República Federal Alemana, publicó una colección de ensayos bajo el título *La Historia Alemana no se ha detenido*. Ni él mismo hubiera podido prever el desarrollo de los hechos desde ese entonces. En la medida en que el proceso de unificación se ha desarrollado, puede observarse que el drama de la historia alemana continúa también. Las consecuencias económicas de la unificación son cada vez más evidentes; por el contrario, los efectos morales y psicológicos son más difíciles de captar y podrían resultar más duraderos. Son éstos

los que se analizarán en el presente artículo.

Mientras que los dos Estados de la posguerra alemana coexistieron, sus habitantes pudieron tener esperanzas en la unidad de la nación, de un pueblo con una lengua, un pasado e incluso una suerte comunes. Ahora, cuando se encuentran unificados en un solo Estado, las profundas divisiones entre los alemanes resultan más visibles. Es indudable que son verdaderas las palabras de Freud con respecto al "narcisismo de las pequeñas diferencias" que dividen a las comunidades o a los miembros de una familia. Sin embargo,

1 TRIMESTRE 1994

en 1989 existía la expectativa de que los alemanes se entenderían entre sí. Durante la primera ola de entusiasmo, la gente se olvidó del extrañamiento tan fuerte en que estuvieron a lo largo de más de cuarenta años, durante los cuales los alemanes occidentales llegaron a considerar a los franceses, los toscanos y los holandeses como más próximos y quizás más atractivos para ellos que los alemanes del este. Por su parte, éstos alimentaron una hostilidad impuesta, aunque gradualmente atenuada, hacia la República Federal de Alemania (RFA), con envidia y resentimiento por su libertad y prosperidad.

### *Diferentes tipos de libertad*

LAS DOS ALEMANIAS OBTUVIERON un mayor grado de libertad, aunque de diferente tipo, después de la unificación, y con ello sobrevinieron para sus habitantes nuevas incertidumbres e inconformidades. En el Este, la libertad se obtuvo desde la puerta de entrada; libertad para viajar y para examinar su propia vida, y en últimas, el alivio a una existencia plenamente reglamentada, intimidatoria y falsa. Pero casi de inmediato, diecisiete millones de alemanes orientales descubrieron que dicha libertad también significaba incertidumbre para afrontar el futuro, libertad para perder el trabajo, para dejar de

presenciada cada noche en sus pantallas de televisión.

Los visitantes a Alemania Occidental, incluido este autor, evidenciaron tal extrañamiento. Y en la República Federal, pese a las invocaciones rituales sobre la solidaridad germana y a que muchas personas sentían una genuina preocupación por sus compatriotas del este, en general se notaba una enorme, aunque no reconocida indiferencia hacia ellos. Una comunalidad y una enorme demanda, aparecidas de manera repentina, no podían haber transformado de un momento a otro la indiferencia en cálida solidaridad.

contar con redes de apoyo, sin importar qué tan inadecuadas éstas hubieran sido.

Durante cuarenta años la mayoría de los alemanes del Este se había adaptado a vivir en un mundo de mentiras públicas y dudas privadas. Los regímenes totalitarios movilizaban a la gente hacia una participación pasiva en política. Después de doce años de mandato nazi y de cuarenta de régimen comunista en la República Democrática Alemana, sus habitantes debieron haber sobrevivido psicológicamente mediante la práctica de la negación y el deseo de no ver.

Pero a partir de 1989 se hizo imposible evadir la realidad, debido a los trastornos resultantes de transformar una economía centralizada, decadente y poco funcional en una de mercado. El cierre de las empresas estatales llevó a un creciente desempleo. Además, los asuntos económicos constituían sólo una parte de las actividades que se encontraban reguladas bajo la economía centralizada. La mayor parte de la vida de las personas se desarrollaba en el ámbito de lo público. Buena parte era ordenada desde arriba o resultaba de una rutina heredada. De repente los alemanes del Este, liberados del control público, tuvieron que aprender a adoptar sus propias decisiones, pensar sus propios pensamientos y encontrar sus propias verdades. Ellos fueron transformados en seres privados en un momento en que la vida asociativa de la sociedad civil estaba siendo introducida lentamente.

Las economías de mercado presuponen la existencia de ciertas estructuras legales, un sistema de leyes públicas y privadas, un código legal que debe ser gradualmente enseñado, aprendido y asimilado. Pero el arte de la evasión también florece en las economías de mercado, como quedó tan vivamente ilustrado durante la década de los ochenta. Los entusiastas occidentales con respecto al desarrollo del mercado libre en la antigua República Democrática Alemana desconocieron con frecuencia los costos sociales de la transformación. Lo

que es peor, la abrupta introducción de nuevas formas de vida económica también generó los rasgos que los sociólogos y los marxistas han identificado por mucho tiempo con el capitalismo moderno: alienación, anomia e inseguridad. Para los alemanes del Este, el paso del mundo rígido del mandato comunista a las demandas de una sociedad móvil representó un cambio bastante duro. La noción misma de planeación de una economía de mercado tuvo su componente irónico. Se generó un nuevo tipo de dependencia. La organización de la mayoría de los asuntos vitales del nuevo sector oriental de la Alemania unificada pasó a manos de los occidentales, quienes tenían más experiencia en tomar decisiones, en hacer que las cosas funcionaran y en evaluar los riesgos del mercado, además de poseer las habilidades y los recursos para hacerse cargo de todo. A los alemanes del Este se les había enseñado a vivir y a trabajar sobre la base de planes que poco tenían que ver con la realidad. Ellos aprendieron a sufrir y a soportar, pero no a asumir responsabilidades, ni a someter sus vidas al criterio de prueba y error.

Los alemanes orientales esperaban que el fin del comunismo les proporcionaría una rehabilitación y un mejoramiento en su nivel de vida de manera inmediata. Pero pronto empezaron a entender que estaban siendo "colonizados", un término comúnmente usado en el Este que enfureció los oídos occidentales. Derrotados, humillados,

---

11 *Foreign Affairs*, otoño 1993.

convertidos en más objetos que sujetos, muchos alemanes del Este expresaron su decepción en términos de autoconmiseración y resentimiento. ¿No dejarían ellos de ser víctimas? En los primeros años de la ocupación, los rusos habían desmantelado su país y se habían apoderado de cuanto quedaba de las plantas industriales alemanas en esa región. De acuerdo con un estimativo reciente, los rusos extrajeron 54.000 millones de marcos alemanes por concepto de reparaciones de guerra, mientras que por el contrario las zonas occidentales, y la República Federal después,

### *Pasado separado y conjunto*

DESPUÉS DE 1990, TANTO LOS ALEMANES orientales como los del Oeste se vieron forzados a reconsiderar su pasado separado y conjunto. Los antiguos ciudadanos de la República Democrática Alemana tuvieron que atender asuntos que también han preocupado a otros países en otros momentos del siglo XX: asuntos relativos a la colaboración y la connivencia, la culpabilidad y la confianza. ¿Quiénes de ellos habían estado tan comprometidos con el pasado, que ya no podían desempeñarse como maestros o jueces, empleados del gobierno o gerentes de empresa, profesores o miembros de academias de renombre? ¿Quién debía emitir estos juicios y con qué criterio?

Los alemanes de Occidente,

recibieron la ayuda del *Plan Marshall*. Por supuesto que el balance resulta mucho más complicado: Alemania Occidental también se benefició del enorme flujo de refugiados de la zona soviética, así como de alemanes que fueron expulsados por los polacos y los checos. Por otro lado, Bonn hizo pagos compensatorios a Israel y le proporcionó gradualmente apoyo a la República Democrática Alemana. Pero los alemanes del Este piensan, con algo de razón, que ellos tuvieron que pagar desproporcionadamente por la guerra de Hitler.

difícilmente reconciliados con su propio pasado, parecían estar muy dispuestos a emitir sus juicios sobre los del Este. A partir del momento de la unificación, empezó a preocupar el hecho de que los occidentales decidieron castigar a los sospechosos de colaborar con el régimen comunista con más persistencia y entusiasmo de lo que lo hicieron sus predecesores con los servidores del régimen nazi. La misma popularidad de tal régimen hizo difícil el proceso de desnazificación. Incluso hoy en día siguen destacándose alemanes occidentales que tuvieron un compromiso no detectado con tal pasado. A manera de ejemplo, a comienzos de este año un prominente médico occidental se vio forzado a renunciar a un importante cargo en una

organización internacional cuando se reveló que él había participado en el programa de eutanasia de los nazis.

El pasado nazi continúa dividiendo a los alemanes del Oeste, como quedó evidenciado con la controversia que rodeó la visita del Presidente Reagan a Bitburg en 1985, con el así llamado debate de los historiadores y con las décadas que han sido necesarias para documentar la complicidad del ejército alemán en las atrocidades del frente oriental. Hasta el momento, muchos alemanes, uniformados o no, prefieren creer en la inocencia de *Wehrmacht*. El Nacional Socialismo no necesitó de un muro, por cuanto nunca se presentó la amenaza de éxodo masivo. Durante el régimen comunista, por el contrario, millones de alemanes del Este trataron de escapar. Bajo los nazis, un número indeterminado de alemanes habían recurrido a una "migración interna", tratando de permanecer aislados, de comprar la paz al precio del silencio. Los alemanes occidentales que se sentían perturbados y divididos entre sí por este pasado, fueron de pronto convocados a juzgar a sus compatriotas del Este, que habían vivido durante cuarenta años bajo un régimen totalitario, sostenido inicialmente por bayonetas foráneas.

La mayor parte de los alemanes del Este sabían que sus dirigentes, quienes musitaban piadosamente consignas de paz, eran hombres que habían creído en el poder de la violencia y no sentían compasión

alguna. Lo que ellos no podían haber sabido, debido a que la grabación correspondiente sólo se conoció el pasado mes de febrero, fue que en 1982 Erich Mielke, el jefe de la *Stasi*, la policía de seguridad estatal, le había comentado a sus colegas más allegados que para salvar la vida de millones de personas, era necesario matar a un bandido: "toda esta vacilación en torno a la ejecución de las penas de muerte, todo ello es basura, camaradas".

El tono de la anterior afirmación nos recuerda el peligro nazi. En la era posestalinista los dirigentes de Alemania Oriental, al igual que sus pares del bloque soviético, trataron de reemplazar la tortura con otras formas de intimidación, incluyendo los encierros psiquiátricos. Los dirigentes del partido ordenaron la tortura, encarcelación o muerte de supuestos enemigos del régimen; organizaron labores de espionaje e iniciaron o facilitaron las actividades del terrorismo internacional. No obstante, estos mismos dirigentes obtuvieron el reconocimiento oficial de otros Estados después de 1970, pero en especial durante la década de los 80. El canciller Helmut Kohl los recibió en Bonn; Franz Joseph Strauss los visitó e hizo arreglos para que la República Democrática Alemana recibiera un crédito de 1000 millones de marcos alemanes. Los socialdemócratas de Alemania Occidental colaboraron con los funcionarios del Partido Comunista del Este en la difícil elaboración de

un documento que definía las áreas de acuerdo y desacuerdo entre ellos. Hoy en día, el antiguo dirigente este alemán, Erich Honecker, se encuentra en libertad en Chile, y sólo un puñado de guardias fronterizos están en prisión, en tanto que decenas de miles de maestros y de otros empleados del Este han sido suspendidos o despedidos.

Cuando el régimen comunista se tambaleaba, los alemanes del Este, abandonados en sus viviendas ordinarias, decadentes y sobreocupadas, tuvieron la posibilidad de ver fotografías sobre el exclusivo

estos privilegios especiales, reducidos para los estándares occidentales, enfureció a muchos alemanes del Este. Ellos se sintieron traicionados. Recordaban las interminables explicaciones de sus dirigentes, de que, a diferencia del voraz Occidente capitalista, la República Democrática Alemana era una sociedad igualitaria en donde la austeridad y el sacrificio proporcionaban la garantía psicológica para un futuro mejor. No obstante, ellos debieron haber tenido indicios de que sus dirigentes no habían puesto en práctica las

organizado un aparato de vigilancia sin precedentes. En sus días finales, la *Stasi* estaba constituida por 97.000 empleados de tiempo completo, con quizás cerca de 140.000 colaboradores no oficiales, la mayoría de los cuales habían aceptado su compromiso por escrito. Sólo los miembros de los altos rangos de la sociedad, tales como profesores y miembros de las academias élite, estaban autorizados para expresar su compromiso de manera oral. Además, el número de miembros del Partido Comunista ascendió a dos millones de personas, las cua-

occidentales pensaban que los del Este habían logrado forjar unas relaciones personales más cercanas y confiables. Es posible que algunos alemanes orientales mostraran una propensión especial hacia la confianza y la amistad. Ellos invirtieron en estos dos elementos como si se tratara de bienes humanos raros, en un tiempo de escasez moral. Habría que imaginarse entonces el golpe que recibieron y el proceso retroactivo de disolución de la confianza que sobrevinía cuando alguien descubría que su amigo había sido un informante.



esfuerzos para ocasionar una "desestabilización personal", que incluía la ruptura de matrimonios y toda una gama de villanías orientadas a destruir la confianza entre amigos del régimen y críticos potenciales.

Las revelaciones de la *Stasi* han amenazado algunas de las más prometedoras carreras en el nuevo *Lander* en la Alemania unificada. Dos ejemplos son suficientes: Lothar de Maziere, el primer vicecanciller después de la unificación, renunció cuando se dijo que él había tenido contactos en la *Stasi*; de la misma manera, continúan las insinuaciones en contra del único ministro socialista y presidente del nuevo *Lander* de Brandeburgo, Manfred Stolpe. Este había trabajado con las iglesias protestantes y dentro de ellas y les había ayudado a auxiliar a las víctimas del régimen. El mantenía contactos regulares con la *Stasi*, como única forma de ayudar a las personas atrapadas por esta organización. Conocidos defensores de Stolpe y de otras personas con acusaciones similares insisten en que cualquier persona responsable que trate de ayudar a la gente que ha caído en desgracia con el régimen, tiene que vérselas necesariamente con la *Stasi*. Pero sus críticos aducen que incluso el hecho mismo de hablar con los funcionarios de la organización entraña dar los primeros pasos en una pendiente resbalosa. Otros, entre ellos este autor, argüían que en un sistema tiránico, sólo una absoluta inmovilidad

puede proteger a las personas de los peligros de tal pendiente. Durante el régimen comunista, la *Stasi* oprimía a la gente. Su legado ha sido desmoralizarla y privarla de los pocos dirigentes políticos buenos que pudiera haber tenido.

La oposición al régimen de la República Democrática Alemana fue débil en comparación con la que se desarrolló en otros lugares del bloque soviético. Después del gran levantamiento del 17 de junio de 1953, cuando los trabajadores de Alemania Oriental salieron a las calles a desafiar a un régimen cada vez más exigente y represivo y fueron doblegados por los tanques soviéticos, hubo una aparente conformidad. En este país no se presentaron los repetidos levantamientos o las grandes alianzas de trabajadores e intelectuales, como en el caso de Polonia con Solidaridad, o de Hungría con la rebelión de 1956, o de la Primavera de Checoslovaquia en 1968. Se ha dicho con frecuencia que los alemanes no están muy entrenados en lo que respecta al valor cívico. Ellos tienen la teoría pero carecen de la práctica esencial. Albert Hirschman escribió alguna vez lo siguiente sobre recursos morales, incluidos el espíritu cívico y la confianza: "Estos son recursos cuya disponibilidad puede aumentar en lugar de disminuir, mediante su uso...lo mismo que la habilidad para hablar una lengua extranjera o para tocar el piano, estos recursos morales pueden agotarse o atrofiarse si no se utilizan".

El régimen de Ulbricht-Honecker, mezclando las tradiciones germanas con los modelos soviéticos, tuvo tiempo de promover una vida cultural independiente en la República Democrática Alemana. Estos dirigentes pretendieron forjar atletas del espíritu, escritores y artistas que deslumbraran al mundo exterior, al tiempo que satisfacían al menos parte de las aspiraciones de su propio pueblo. Tal como lo aclara en un nuevo libro el biólogo molecular y admirable pensador cívico estealemán Jens Reich, el régimen intentó involucrar a toda la "*intelligentsia*", incluyendo tanto a los técnicos como a los poetas, y en este proyecto fue exitoso en considerable medida. Por muchas razones, la literatura clandestina que floreció en Polonia, Checoslovaquia y Rusia no existió en la República Democrática Alemana. Durante los primeros años del régimen, escritores como Robert Havemann fueron puestos en prisión, y otros llenos de talento, como Wolf Biermann fueron expulsados. Esta última decisión obligó a los escritores estealemanes a protestar por primera vez. Pero en términos generales, los límites de la tolerancia estatal frente a la disidencia no fueron nunca o muy rara vez puestos a prueba.

Gradualmente, las exigencias de realismo socialista se fueron haciendo más suaves. Se permitió el desarrollo de otros tipos de arte. A la novelista Christa Wolf se le permitió describir la vida del país con cierto grado de candor. Los

escritores se enfrentaron a los censores y los comediantes se atrevieron ocasionalmente a hacer sus pilatunas, como cuando el escritor Henry Müller dijo: "Somos el Estado más progresista que jamás haya existido: el 95 por ciento de la gente está en contra de él; tal fenómeno nunca se había presentado antes"; o cuando él mismo cantaba: "La *Stasi* es mi Eckerman". Hace poco se conocieron también las revelaciones de que estos autores eran miembros también de las redes de la organización secreta. A finales de los años 50 y comienzos de los 60, Christa Wolf fue informante no oficial, y ello era desconocido hasta para su propio esposo. Algunas décadas después ella describió en detalle cómo ella misma también cayó bajo la vigilancia de la *Stasi*. Por tratarse de la figura más prominente de la literatura de Alemania del Este, esta escritora ha sido denunciada y defendida. Ella ilustra claramente cómo era de fácil bajo ese régimen pasar de ser cómplice y perpetrador a víctima y cómo es de difícil juzgar la conducta de las personas que resultan enredadas en un sistema con tantos tentáculos visibles e invisibles.

Existe en el momento una gran controversia en torno a la conducta de los autores y de la "*intelligentsia*" de Alemania Oriental. Algunos críticos germano-occidentales han expresado indignación, y existe el peligro de que con el tiempo el trabajo de estos escritores del Este sea relegado por completo al

olvido. Esto representaría no sólo un enorme error, sino una pérdida. Algunos de ellos fueron testigos privilegiados de una vida bajo condiciones muy difíciles. Ahora en la Alemania unificada, los occidentales, ajenos por completo a tales terrores, han asumido un papel dirigente en el proceso de toma de decisiones que tienen que ver con la contratación y despido en todo el territorio del *Länder* del Este. Sus trabajos vienen siendo oficialmente catalogados bajo el término *Abwicklung*. Este escatológico término burocrático, que fue una vez utilizado por los nazis, sugiere procedimientos legales o liquidaciones de negocios. Es un término que indica distancia y aire de superioridad y que no tiene nada que ver con una actitud más táctica y compasiva.

La cuestión del juicio de estas personas es inherentemente difícil. En el caso de muchas de las acusaciones en contra de los antiguos ciudadanos de Alemania del Este, deberíamos preguntarnos qué tan

confiables son los archivos de la *Stasi*, así como con qué frecuencia estos se vieron alterados por subalternos, ansiosos de ganarse los favores de los jefes. Finalmente, como lo ha advertido de manera implícita Jens Reich, la *Stasi* podría fácilmente convertirse en chivo expiatorio para el régimen de la República Democrática. Ello sería igualmente un grave error, por cuanto los villanos principales eran los funcionarios del partido y del Estado; los de la *Stasi* no operaban autónomamente, y lo que es peor, algunos de sus colaboradores pudieron haber estado confundidos o haber tenido motivos honorables para colaborar. Una idea más clara de lo que era la vida en la República Democrática podría ayudar a formular juicios humanos más acertados. Existen razones para simpatizar con algunos alemanes occidentales de pasado impecable que, refiriéndose a todas estas revelaciones, han afirmado: "Basta". Y realmente, ya se ha escuchado demasiado con respecto a Europa del Este.

### *Conviviendo con la historia*

EN LOS AÑOS POR VENIR, para los alemanes tanto del Este como del Oeste va a ser difícil enfrentarse a una historia de cuarenta años de la República Democrática y de la Federal, dos entidades que duraron casi tanto tiempo como el imperio bismarckiano. Han empezado a surgir argumentos divisorios

y polémicos sobre quién apoyó a quién y cuándo, y quiénes apoyaron la unificación o se opusieron a ella. Los alemanes del ala derecha o los nuevos nacionalistas han empezado a acusar a la vieja izquierda de la República Federal de descuido nacional, de haber desdeñado el objetivo de unidad

nacional y de haber colaborado con el Partido Comunista o de haber sido muy "suaves" con los criminales o colaboradores de Alemania del Este. Con el tiempo, tan pronto como las calumnias y los recuerdos se hayan extinguido o transformado, las generaciones posteriores "pondrán entre paréntesis" la historia de la República Democrática, como los alemanes designarían tal supresión, pero encontrarían muy difícil erradicar el pasado nazi. Tal como lo afirmó el Presidente Weizsacker, la República Democrática no empezó una guerra ni cometió un genocidio. Gradualmente se irá desvaneciendo de la conciencia histórica y su importancia será minimizada al considerarse sólo como un satélite soviético o como una excrecencia extraña de algo que se llamó la guerra fría. La indiferencia inicial de los alemanes occidentales hacia la República Democrática facilitará tal lapso de la memoria que resulta tan conveniente. Sin embargo, con toda su ambigüedad, la República Democrática debe ser recordada y, de alguna manera, integrada a la historia de Alemania y de Europa en este siglo.

Resulta muy probable que los inicios mismos de la República Democrática Alemana lleguen a olvidarse. Ello correspondió al período inmediatamente posterior a la guerra, cuando se estableció gradualmente un así llamado Estado socialista en la zona de ocupación soviética, mediante la expropiación de los grandes propietarios

y la nacionalización de lo que había quedado de la industria alemana. En el tren de equipaje del Ejército Rojo conquistador llegaron también comunistas alemanes entrenados en Moscú, muchos de los cuales habían sido torturados en los campos nazis y estaban decididos a forjar una unión entre los socialistas y los comunistas y a crear lo que ellos llamaron un gran bloque antifascista, un baluarte en contra de un nacionalismo de tipo fascista alemán revivido. Los verdaderos socialistas, recordando cómo al final de la República del Weimar los comunistas habían ayudado al surgimiento del nazismo, rechazaron sus ruegos y peticiones. Hombres como Gustav Dahrendorf y Kurt Schumacher nunca abrigaron duda alguna sobre la verdadera naturaleza del comunismo. Sin embargo, unos pocos socialistas de la zona soviética creían que el Partido Comunista era genuinamente antifascista, que purgaría radicalmente a todos los antiguos nazis y reclutaría sus propios cuadros, especialmente entre los jóvenes poco entrenados de las clases no propietarias.

El clamor de que la República Democrática Alemana, establecida formalmente en 1949, se convertiría en el primer Estado socialista en la historia germana, de que mediante la expulsión de los nazis y el desmantelamiento del capitalismo se estaba limpiando el suelo alemán del veneno nazi y de que a partir de las ruinas se estaba construyendo una sociedad

igualitaria, ejerció un cierto atractivo, particularmente para los escritores e intelectuales. Bertolt Brecht, quien fuera durante mucho tiempo el versificador de una cultura proletaria, abandonó feliz su exilio en los Estados Unidos, con su cultura capitalista y su histeria *macartista*, para recibir honores y construir su propio teatro en Berlín Oriental. Escritores de menor talla le siguieron. Thomas Mann aceptó un honor del nuevo Estado, si bien decidió establecerse en Suiza, que estaba espiritualmente equidistante de las dos Alemanias. Durante ese tiempo, en la República Democrática Alemana como en todos los demás países, los comunistas contaban con la inestimable ventaja de que clamaban representar la vanguardia de una nueva cultura; "júzguennos por un futuro un poco distante", afirmaban, "y no por el sombrío presente". Los intelectuales, una vez comprometidos con la fe, encontraron muy difícil romper con ella y confesarse así mismos su error.

Durante los últimos meses, un viejo término alemán ha reaparecido una y otra vez en libros y artículos. Si bien no existe un vocablo análogo en inglés o en francés, *lebensluge* significa aproximadamente la mentira que genera vida, la mentira que es esencial para una vida en particular, la mentira que una persona o pueblo pueden saber que es falsa, pero sin la cual una persona o un Estado perecerían. La República Democrática Alemana fue atenazada con

una *lebensluge* en torno a su maestro liberador y fraternal y a su mismo modelo. Los estealemanes experimentaron la imitación grotesca de la verdad. Ellos se dieron cuenta de que el Ejército Rojo los había saqueado. Supieron que los soviéticos habían explotado su país, al tiempo que sintieron que sus propios gobernantes, al menos al comienzo, fueron instrumentos serviles de los amos soviéticos. En una de las muchas agudezas de los alemanes orientales, en las que indudablemente superaron a sus compatriotas occidentales, insistían en que los rusos eran verdaderos hermanos, con los que existían vínculos fraternos indisolubles: uno escoge sus amigos, pero no sus hermanos. Poco a poco el principio antifascista, que constituía el único y trillado clamor de legitimidad de la República Democrática Alemana, también perdió su credibilidad: llamar al muro de Berlín el gran muro antifascista pareció en realidad demasiado siniestro y absurdo.

Los soviéticos y los dirigentes de la República Democrática Alemana se necesitaban mutuamente. Para los primeros, este país era el Estado de la frontera, la posición más importante para su defensa, con el mayor arsenal de armas. Para los segundos, la presencia soviética constituía en últimas un ejército de reserva en contra de su propio pueblo. Por el contrario, la República Federal, cuya legitimidad fue aceptada por su gente, se ató a sí misma a

Occidente, pero con ello reforzó su seguridad y prosperidad, al tiempo que satisfacía los deseos de la mayoría de su población.

En los años ochenta el régimen de Alemania del Este, estimulado por la activa *Ostpolitik* de la República Federal, trató de ganar un mayor espacio de maniobra, alguna independencia de Moscú. En términos generales, el momento de mayor independencia de Honecker sobrevino hacia el final de su mandato, cuando prohibió las publicaciones soviéticas que difundían el mensaje liberalizador de Gorbachov. El dirigente estealemán siguió siendo un leninista germano, por cuanto en medio de su falta de humanidad había un matiz de sentimentalismo. Tanto él como sus consejeros más cercanos, la mayoría de ellos fervientes creyentes del poder de la represión, no le prestaron atención a los miembros más jóvenes de la *Nomenklatura*, quienes entendían la necesidad de emprender reformas en Alemania Oriental. Les llegó la hora demasiado tarde. La República Democrática fue fundada sobre la decepción, sobre diversas *Lebenslugen* y su final estuvo marcado por la autodecepción de sus viejos dirigentes.

La República Democrática deja un legado ambiguo, como lo hace la República Federal. La diferencia radica en que las instituciones de esta última no se han agotado, sino están en el proceso de adaptación a condiciones diferentes. La vieja cultura política de este país está siendo puesta a prueba y, hasta

cierto punto, juzgada con los parámetros del Este. En la rivalidad histórica entre comunismo y democracia social, con su mismo fracaso, el primero le proporcionó un importante triunfo a la segunda. Muchas personas, especialmente en el campo de la derecha política, se regocijan identificando el comunismo con el socialismo, e interpretando el lúgubre fracaso de uno como el irremediable desprestigio del otro. La tarea histórica del socialismo democrático no ha sido otra que la de corregir los rasgos más dolorosos e incontrolables de lo que Jacques Delors llamó alguna vez "capitalismo salvaje". Sin embargo, la posibilidad de realizar por completo esta tarea resulta muy dudosa.

La República Democrática ha muerto, por lo que algunos alemanes del Este ya han experimentado momentos de nostalgia. Decepcionados con el presente e incitados por una memoria selectiva, ellos se preguntan si realmente todo fue negativo durante los pasados cuarenta años, tratando así de borrar de la memoria la situación de desesperanza en que se encontraban bajo el viejo régimen y de recordar que con un cierto nivel de subsistencia, si bien monótono y uniforme, incluso los ciudadanos ordinarios podían contar con los elementos esenciales de la vida: una vivienda, aunque de mala calidad, comida, si bien escasa, y servicio médico, de calidad inferior. Ellos recuerdan que en la vieja República Democrática no existían el crimen, las



drogas ni la pornografía. Los dirigentes comunistas de este país pudieron haber repetido la frase con la que el Presidente Nixon tanto se ufanaba: "Hemos erradicado el crimen de las calles". Lo cierto es que el gobierno había asumido el monopolio del crimen.

Los ciudadanos recuerdan con nostalgia los tan vanagloriados *Kinderkrippen*, término grandilocuente con el que se designaban las guarderías a las cuales los padres trabajadores podían enviar sus hijos. El recuerdo de esta institución evoca la preocupación tradicional de la República Democrática

por la vida familiar, por los derechos de la mujer, incluyendo el del aborto, que no era un derecho tradicional, y por el bienestar social; todo ello contrasta con la vida fría en la Alemania unificada, en donde el dinero lo regula todo. Estos *kinderkrippen* se han convertido en una especie de símbolo de la mejor cara de la vida en la República Democrática. Sin embargo, la gente olvida que tales beneficios eran sólo un paliativo para el sufrimiento profundo. Eran el aspecto decoroso de una sociedad controlada en extremo, que violaba los hogares que pretendía proteger.

### Más divididos que antes

EN UN NIVEL PSICOLÓGICO profundo, la Alemania unificada está más dividida que antes. El muro físico ha sido internalizado. En donde alguna vez existió la esperanza incuestionable de que en alguna fecha futura la división del país, mantenida artificialmente, sería saneada, existen ahora dolorosas desigualdades de poder, riqueza, experiencia y afirmación. El nivel de vida de los alemanes del Este es todavía mucho más bajo que el de los del oeste. Los salarios son inferiores también y el desempleo es por lo menos tres veces mayor. Las desigualdades económicas aumentan el descontento psíquico: los alemanes orientales son dados a la conmiseración y los occidentales a la arrogancia y la

exasperación. Algunos de estos mismos se quejan de la "derechización" de los occidentales. Ambos lados merecen comprensión. Hay muchos alemanes que están exigiendo solidaridad real y no sólo de palabra, pero sus pedidos se pierden en las manos de políticos pusilánimes que, en la confusión en que se encuentran, solo atinan a pensar en las próximas elecciones.

En marzo de 1993 el parlamento de Bonn aprobó finalmente un pacto de solidaridad que ha introducido algún grado de predictabilidad en el panorama económico. Este estipula nuevos impuestos para financiar un fondo para pagos específicos para el nuevo *Lander*. Aproximadamente un siete por ciento del PNB del país será

transferido hacia el Este durante la próxima década, lo que representa alrededor de un billón de marcos alemanes. La Comunidad Europea incluso, de manera reticente, estuvo de acuerdo en proporcionar \$27.500 millones de marcos alemanes durante los próximos seis años, provenientes de sus fondos de asistencia regional, para el nuevo *Lander*. Los rasgos de la nueva situación están bien claros: Alemania en su totalidad atraviesa por una fuerte recesión, con un continuo crecimiento económico negativo. De acuerdo con varios observadores, se trata de la recesión más seria desde la fundación de la República Federal. De ahí el gran malestar que permea ambas partes de Alemania. No obstante, el pacto de solidaridad entraría oportunidades reales para el nuevo *Lander*, como lo aclaró Kurt Biedenkopf, ministro presidente de Sajonia, en un discurso al parlamento sajón a mediados de marzo, un discurso cándido que puso de presente las posibilidades de un liderazgo democrático.

Por su parte, la vieja República Federal también obtuvo mayor libertad en 1989, pero en un sentido bien diferente a la de Alemania Oriental. La unificación vino a satisfacer el viejo sueño nacional alemán y a atenuar o, incluso eliminar, a algunos niveles, la dependencia alemana con respecto a los aliados de Occidente. Desde sus inicios, la República Federal requirió de la protección de los aliados y ello fue más evidente en

la siempre vulnerable ciudad de Berlín. Durante cuarenta años esta dependencia ejerció la voz cantante. Ahora, los asuntos relativos al interés y propósito nacionales de Alemania reemergen con mucha fuerza. En el debate en curso, hay algunos que exigen una mayor afirmación alemana por parte de quienes se han cansado de ser rehenes de los recuerdos del pasado nazi. Tal sentimiento es tan fuerte, que Jürgen Habermas viene previniendo en contra de otra *lebensstufe* para Alemania, la *lebensstufe* del país como una nación normal. Resulta muy comprensible entonces el deseo de tantos alemanes de ser liberados del peso del pasado, de "relativizar" los crímenes nazis y de buscar en retrospectiva una igualdad moral. Pero ello es probablemente tan comprensible como inalcanzable.

Una de las trágicas ironías de las revoluciones de 1989 es que ellas coincidieron con una profunda crisis en Occidente. Los países recién liberados se inclinaron hacia la economía de mercado en momentos de recesión mundial. Intentaron abrazar la democracia cuando los países democráticos se estaban hundiendo en escándalos de corrupción y en una parálisis generalizada de liderazgo. Miraron hacia Europa en momentos en que las esperanzas de Europa 1992 se desvanecían con el malestar posmaastricht, y cuando la expresión "déficit democrático" parecía tener resonancia más allá de los arreglos internos de la Comunidad Europea.



La inesperada reunificación alemana, con todas sus asombrosas exigencias, vino en momentos en que la vieja República Federal ya estaba experimentando presiones de diverso tipo, que se apoyaban mutuamente. La economía de Alemania Occidental, que en el pasado fue la garantía de la democracia en el país, estaba decayendo. El mundo capitalista no estaba en su momento más dinámico, o en lo que Joseph Schumpeter definiera como la creatividad más destructiva, cuando los alemanes del Este empezaron a clamar por el libre mercado y cuando los muchos expertos de la economía de mercado empezaron a urgir por una transformación instantánea. Los alemanes occidentales, incluyendo a algunos de sus dirigentes políticos, no fueron inmunes a la avidez y a la corrupción de los años ochenta de Reagan. La fe en el sistema político tambaleó. Para expresarlo en forma diferente, los milagros paralelos de los inicios de Bonn, el económico y el político, representados en el resurgimiento de un liderazgo político sin precedentes después de la destrucción de la era nazi, habían llegado a su fin. Alemania enfrenta su crisis más grave desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Un nuevo partido de ultraderecha, el de los republicanos, se ha anotado considerables victorias. Es dudoso que el incremento masivo de los buscadores de asilo entre 1987 y 1992, de aproximadamente un 800 por ciento, sea la única

causa, o incluso la principal, del descontento que este partido busca explotar. En toda Alemania, la gente experimenta el desequilibrio existente entre los requisitos económicos y morales del Estado recién unificado y su respuesta política. Difícilmente ha existido otro período en el que las clases políticas estuvieran en tal grado de desprestigio, como sucede en el resto de Europa. La incertidumbre presente llevó a Marion Countess Donhoff, Helmut Schmidt y a otros ciudadanos con una manera de pensar similar, a emitir un manifiesto en noviembre de 1992 bajo el título de *Porqué el país debe cambiar*. Igualmente hay que considerar los temores de Jens Reich en torno a un malestar futuro, cuando afirma: "Cuando observo nuestra danza alrededor de ese becerro dorado llamado propiedad, prosperidad y consumismo... que para nosotros son sacrosantos, incluso desde ahora puedo ver el disgusto y el fracaso sin esperanza de los vencedores putativos". El socialismo tardío se aferró a la ilusión de un crecimiento y progreso eternos. No debemos entonces sucumbir a esta idea bajo un pretexto diferente.

La erupción de violencia xenofóbica y el asesinato de mujeres y niños turcos han horrorizado al mundo. Cientos de neofascistas son apoyados por miles de nacionalistas, quizás incluso simpatizantes neonazis, en tanto que millones de alemanes organizan marchas para protestar contra este horror, en una

demostración de solidaridad sin precedentes en la historia del país. Para algunos, el mismo silencio de estas impresionantes marchas es perturbador. Los alemanes necesitan del discurso, el pensamiento y la autoridad moral para definir problemas tan difíciles como el de los buscadores de asilo, o el de la adopción de medidas fiscales para resolver la necesaria transferencia de pagos al Este. Todo ello requiere de debate público. Una y otra vez durante los últimos meses, al Canciller Kohl se le ha venido advirtiendo que es necesario que "diga la verdad".

En todos los rincones de Alemania hay una visible falta de confianza, no sólo en los dirigentes, sino en casi todos los aspectos de la vida. El filósofo inglés John Dunn se refirió a la confianza como al elemento central de la democracia. Si bien es cierto que este elemento es muy escaso en todos los países, su constante declinación en Alemania resulta alarmante. La confianza no puede ser cuantificada en grados, como las tasas de interés del *Bundesbank*, aunque uno y otro se encuentren ligados. El marco alemán sigue siendo el símbolo e instrumento de la estabilidad económica del país, por lo que un conjuro algo incoherente para la difícil situación podría ser: "En el marco alemán confiamos". En el curso de la próxima década, ese mismo marco alemán, mediante la dolorosa transferencia de miles de millones, transformará al nuevo *Lander*, y en especial a Sajonia, en

la región más moderna de Europa. La recuperación psicológica y moral, al igual que la unidad, tomará mucho más tiempo.

Es una verdadera lástima que la promesa de 1989, lo que se pensó que sería la segunda oportunidad para Alemania en el presente siglo, quedara atrapada en el dolor y la decepción. La historia del país no tenía que haberse desenvuelto de esta forma una vez más; nada de ello era inevitable. Una actitud más honesta, un mejor liderazgo y una mayor tolerancia hubieran representado la diferencia. Incluso ahora los pesimistas ven el sistema político carente de liderazgo, como si fuera una repetición del de Weimar. Los optimistas, por su parte, ven la posibilidad de remozamiento y aprendizaje recíproco, de lo cual ha habido muy poco en las últimas décadas.

La búsqueda de la libertad en desafío abierto al Estado no forma parte de la tradición política alemana, como sí lo es de la británica, la holandesa, la francesa y la estadounidense. No obstante, en dos ocasiones durante el pasado medio siglo los alemanes han desafiado a un Estado tiránico. El 24 de julio de 1944 un puñado de ellos trató de derrocar a Hitler, pero fracasó; para las dos Alemanias ha sido muy difícil la asimilación y la celebración de estos recuerdos. En el otoño de 1989, cientos de miles de germano-orientales desafiaron exitosamente al régimen, si bien esto ocurrió en momentos en que los países vecinos ya habían

derrocado el yugo comunista. No obstante, fue un extraordinario logro en la historia de Alemania, aunque sus dirigentes quedaron sumidos en el olvido y los recuerdos de esos grandes días ya se han desvanecido. La gente se refiere a dichos eventos como a *die Wende*, o el giro, transformando así lo que fue importante y heroico en algo prosaico y burocrático. Debido a todo el desencanto que ha sobrevenido después, no sólo deberíamos celebrar el colapso del muro de

Berlín, sino rendirle homenaje a los hombres y mujeres cuya lucha por una vida mejor y más libre hizo que la caída del muro se convirtiera en uno de los grandes momentos de la historia del país.

La revolución de 1989, aunque ensombrecida por el regreso a la barbarie en muchas partes del mundo, nos ha proporcionado la oportunidad de recuperar la confianza y de vivir con la verdad, de validar las esperanzas de Vaclav Havel.☺